

sólo dos hombres y medio sabían de esas transformaciones; él y Pi y Margall; después, Pi y Margall que era el hombre y medio. Salmerón hablaba esculturalmente, cincelaba mal; pero desbastaba los bloques vírgenes sin cuidarse de que los fragmentos herían, tal vez buscándolos. Conocía la eficacia de oposición que parece entrañar nuestro lenguaje, y usaba de él, consciente de su fuerza agresiva. No escoge los vocablos, pero su pensamiento encuentra la palabra propia siempre. El castellano es difuso, ineficaz en sus adjetivos, en sus abundantes sustantivos de varia significación; pero es certero, implacable, único en sus palabras propias. La feliz substantiación del pensamiento y la palabra decolora, pero recorta. La luz se quebraba en su palabra como en el bronce, polarizándola; esto es muy hermoso para quien gusta de la verdad desnuda. Los que ponen a la belleza hojas de parra van a buscarla a los jardines, y nos describen antes cómo son los lugares, los árboles y sus cercanías. Salmerón fue grave, sincero; su apostolado, a nada comparable. En Europa no tiene quien se le parezca, a no ser Fichte, y ello con restricciones.

Los que alzaron la estatua a Castelar debieron colocar a Salmerón en lugar del gran tribuno; sentado y con los brazos cruzados, a Pi y Margall, y en el sitio en que la mujer desnuda escucha, al autor de la **Fórmula del Progreso**. Esto hubiera tenido el inconveniente de la gordura de Castelar; pero así ese monumento valdría la pena. ¿Por qué no se entendieron aquellos tres grandes hombres el día del triunfo? Porque aquellos días necesitaban un Dantón, un Marat y un Robespierre. Los que deseen estudiar a nuestro pueblo deben profundizar por qué el pueblo no pudo producir

hombres como esos. Castelar se entregó a su pasión favorita: la de hacer creer a España que era el primer país del universo en pájaros, flores, frutas y santos. Pi y Margall estudiaba las diferencias fundamentales que separaban, no sólo las regiones entre sí, sino los individuos mismos. Salmerón, dueño de sí mismo, laborioso, armónico en sus facultades intelectuales, como un atleta en sus músculos, empleaba su fuerza en destruir concienzudamente la obra de los dos. Los tres cumplían con su destino. Ninguno de los tres pudo poseer nunca la confianza del pueblo más flamenco de la tierra. Éstaban a cien leguas de él. El pueblo no los entendía; se embriagaba oyéndolos. La clase media se abstenia o intervenía, como los dioses de la comedia antigua. Salmerón fue vencido, arrollado. En Alemania hubiera dado días de gloria a aquella privilegiada nación, que todo lo mucho bueno que tiene se lo merece. En España hizo lo que pudo, y como él nunca fingió hacer más de lo que sabía, murió sin ver de nuevo la República en España. Pero él ha dejado herencia a los jóvenes. Aunque la Biología experimental marque a la Moral de nuestros días una ruta desconocida; aunque la Metafísica vaya dejando su lugar a la Química biológica, siempre tendremos en el corazón aquel ideal suyo de hacer una religión de la conciencia, después de haber hecho sabía la conciencia con la cultura. Nos legó ese ideal, que nos lleva al martirio como le llevó a él. Porque si hoy no existe un hombre de su genio, en cambio los sapos que le babearon e inutilizaron la Revolución han engordado tanto y tantas escamas tienen defendiendo su barriga, que recuerdan los ictiosaurios de las épocas primitivas.

Eugenio Noel.

En la **Librería Falcó** están a la venta 500 tomos de la Casa Editorial F. Sempere y C<sup>ª</sup>. El próximo número publicaremos los títulos y precio.